

América Latina: de la modernización a la modernidad

Alain Touraine

Es una idea excelente pero un poco peligrosa para mí ésta de haber invitado aquí a muchos de mis antiguos profesores. Estoy en la situación del estudiante que después de tantos años vuelve a rendir examen con sus profesores, porque la verdad es que lo poco que sé sobre América Latina lo aprendí de ustedes; chilenos, primero, con los cuales compartí tantas experiencias más allá de la vida profesional y mexicanos, argentinos, uruguayos, peruanos, etcétera. *Y también preciso ficar a importancia pra mí, na mia formacao sociologica, a influencia dos paulistas y, de maneira muito especial, de Fernando Henrique Cardoso. Sigo sinténdome tan paulista como santaguino.*

Mi único aporte personal -por lo demás compartido con todos ustedes- fue afirmar siempre que no se puede ni se debe llamar sociólogo a quien estudia la movilidad social en Italia ni latinoamericanista al que la estudie en Argentina. No queremos que exista una sociología latinoamericana ni mucho menos sociologías nacionales; pero tampoco queremos una sociología internacional ingenuamente etnocéntrica, mirando las realidades latinoamericanas desde un punto de vista californiano o parisino.

Las ciencias sociales se construyeron en gran parte a través de *estudios comparativos*, que suponen un proceso de integración analítica. Comparando, por ejemplo, protestantismo y catolicismo en la historia de la modernización, los conceptos inglés y francés de la libertad, o los procesos de industrialización alemán y norteamericano. Es importante que sociólogos de diversos países latinoamericanos u otros contribuyan al desarrollo de las ciencias sociales comparando los procesos sociales latinoamericanos con los europeos, norteamericanos o japoneses, coreanos, tailandeses o egipcios. Personalmente, espero tener la posibilidad de elaborar un análisis comparati-

vo a nivel mundial de los principales modos de desarrollo antes de que se acabe este siglo.

La última observación que quiero presentar antes de pasar mi examen, es que me alegro mucho -yo, intelectual que nunca participó directamente en la vida política- de ver que varios de ustedes tengan una actuación política directa y destacada; porque como intelectuales no somos neutros frente a la realidad social, la miseria o el autoritarismo: no más neutros que el médico frente a la enfermedad. Y eso me parece una característica de las ciencias sociales del continente: haber participado -en este país y en otros- de manera activa en la lucha intelectual y política contra las dictaduras y por la libertad. Además, es altamente positivo para todos nosotros que hoy día exista un amplio consenso en cuanto a lo que significan estas palabras, libertad y democracia, y que haya entonces una relación más fácil que antes entre el trabajo intelectual serio y la defensa de valores de libertad.

Mi tema de esta mañana es por supuesto limitado. Para tomar una comparación, no quisiera estudiar o describir cómo lanzar un cohete, sino cómo a partir del cohete lanzar un

satélite habitado; en términos más claros, el tema que quisiera considerar es cómo pasar de la modernización a la sociedad moderna: cómo salir del subdesarrollo y llegar a un sistema autónomo, estructurado a partir de problemas y actores que se llaman modernos.

Racionalismo iluminista

Para que esto no quede en la oscuridad es necesario volver atrás, a las teorías de la modernización y del desarrollo; hablamos de desarrollo en la medida que creemos que no hay identidad entre modernidad y modernización. El punto de vista europeo, punto de vista clásico desde el siglo XVIII, afirma la identidad de la modernidad y la modernización; o como dicen nuestros vecinos, la idea del *self sustaining road*, que es una idea iluminista del siglo XVIII, aquella que indica que la modernización es la modernidad en acto: una sociedad dominada por la razón es una sociedad en proceso permanente de modernización. Esta es una visión schumpeteriana o weberiana. Y la sociología, las ciencias sociales del desarrollo, nacieron cuando se aceptó la idea que esta identificación

El texto es parte de la exposición inicial del autor en el encuentro realizado en su homenaje en Isla Negra, Chile, los días 13 y 14 de septiembre de 1989. La reunión fue organizada por Fernando Calderón, Guillermo Campero, Manuel A. Garretón y Eugenio Tironi, con la participación de colegas de distintos países de América Latina que fueron alumnos o colaboradores de Touraine, la asistencia especialmente invitada de Adriana Arenas de Touraine y la destacada presencia del senador brasileño por el estado de Sao Paulo, Fernando H. Cardoso. La transcripción original fue revisada por José Auth.



Foto: José Auth

de modernización con modernidad en el acto era falsa o insuficiente.

Desde fines de siglo pasado hemos entrado en la visión opuesta, una visión voluntarista, afirmando que los factores de modernización son factores profundamente diferentes de los factores o elementos de modernidad. Diría que el siglo XX fue dominado y hasta hace muy poco siguió siendo dominado por esta oposición entre modernidad y modernización. De cierta manera supongo que todos nosotros aceptamos esta separación; personalmente yo la acepto y critiqué mucho la visión iluminista europea clásica de la identificación, que también en cierta medida es norteamericana, pero en América del Norte había el fenómeno de la frontera. Este racionalismo europeo, el uso de categorías mixtas referidas al mismo tiempo a la modernización y a la estructura moderna, esta identificación de lo sincrónico y lo diacrónico, fue característica del pensamiento post-hegeliano o post-comptiano y se encuentra, por ejemplo, muy nítida en todos los matices del pensamiento marxista.

Descomposición del leninismo

Pero nuestro pensamiento y nuestra experiencia del siglo XX descansan en una separación casi total entre el racionalismo y el voluntarismo. Para tomar una expresión clásica, que es de Marx Horkheimer, esta separación se impuso cuando los alemanes y muchos más se dieron cuenta que "la

razón no basta para defender a la razón", para resistir el irresistible ascenso de Arturo Ui, para hablar como Bertold Brecht. Que sean países comunistas, nacionalistas, populistas o cualquier proceso de modernización, fueron definidos en términos de nación más que racionalistas; todos sabemos que el problema central de este siglo a nivel mundial es el problema de las relaciones entre actores de clase y actores nacionales.

No estoy tratando de dar definiciones novedosas, pero estos dos temas, el tema de las clases, vinculado directamente al tema de la razón, entra en alianza o en conflicto con el tema de las naciones. Por eso la figura central del siglo XX es el leninismo, en cuanto esfuerzo de afirmación de la identificación de los actores de clase y de los actores nacionales, o en otros términos, de las luchas anticapitalistas con las luchas antiimperialistas y anticoloniales. Eso aparece en 1949, en la victoria de la revolución China, como el eje central. Y sabemos que es falso, por ello estamos viviendo la descomposición del leninismo, cuya expresión es lo que en términos corrientes se llama terrorismo. El terrorismo es su descomposición, porque las fuerzas nacionalistas se volvieron integristas y las fuerzas revolucionarias se transformaron en *nomenclatura* o gobierno post-revolucionario. Entonces los revolucionarios anticapitalistas o anticolonialistas se encontraron aislados, se llamen ERP o Mujahidines del pueblo, o sus equivalentes en Turquía al

final de los 70 o muchos ejemplos más, siendo seguramente el caso más notable el de los mujahidines del pueblo.

Creciente dualismo mundial

Creo que el punto de partida hoy para entender la situación mundial no es la crisis del racionalismo occidental, crisis visible a partir de Nietzsche y Freud, y de Weber de cierta manera, sino la crisis opuesta; estamos en una situación en la cual hemos aceptado la prioridad de las categorías voluntaristas sobre las categorías racionalistas. En cierto modo, el siglo XX es un siglo de políticos, no de economistas. Por eso es que el tema de las clases, a nivel mundial, es mucho menos importante que el tema de los movimientos de liberación nacional.

El problema es que al final del siglo nos damos cuenta que, si bien es cierto que es una ilusión pensar que el desarrollo y la modernización se hacían desde adentro, el problema mayor es que este voluntarismo desarrollista puede encerrarse en sí mismo y no llegar a crear la modernidad; es cierto que la modernización no es la modernidad en acto, pero tampoco la modernización voluntarista llega siempre a crear la modernidad. Diría que el problema mayor es que en todas partes estamos observando la crisis de los modelos voluntaristas. El único modelo que parece dominante es el modelo de la modernidad, de la sociedad: el modelo occidental. Como si no hu-

biera ninguna manera de llegar al crecimiento si no es por *self sustaining*, lo que significa que los modernos serán más y más modernos y los no modernos no alcanzarán nunca a modernizarse; lo que es de un pesimismo total, de un dualismo creciente a nivel mundial, que corresponde en gran parte, es cierto, a lo que estamos observando.

Actores definidos por relaciones

El problema mayor frente a este fracaso, frente a esta asfixia de los voluntarismos de los modelos políticos del siglo XX, es saber cómo se puede pasar de la modernización a la modernidad. Es preciso volver a la prioridad de categorías sincrónicas, estructurales, sobre categorías procesales, de proceso de modernización; pasar de la movilización al funcionalismo; después del *take off*, llegar de cierta manera a una trayectoria duradera, autónoma y estable, con capacidad de *self control* del sistema moderno. Eso puede ser expresado también en un vocabulario algo distinto, que es lo que llamamos una sociedad moderna; lo que Durkheim, Tönnies y Parsons llaman sociedad moderna: es decir, un sistema de relaciones.

En este sentido, se puede decir que pasar de la modernización a la modernidad es pasar de un poder mo-

dernizador y actores separados a un sistema de relaciones sociales. Pasé parte de mis vacaciones releyendo las novecientas páginas de los Hermanos Karamasov, que es una novela sobre el desarrollo; y lo impresionante es que la sociedad rusa de Dostoievsky es una sociedad sin relaciones, con personajes, con esencias, con pensamientos, con figuras, como los tres hermanos y especialmente los dos hermanos con pensamiento: Iván y Aliosha, el nihilista y el religioso populista. La modernidad, entonces, es el pasaje de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, es el pasaje de personajes y esencias a actores definidos por sus relaciones. Esta es una formulación más precisa del problema general. Quisiera escuchar sus ideas sobre ese tema: cómo pasar del voluntarismo modernizante a un sistema de relaciones sociales que produzca, controle y organice la modernidad.

Todos estos conceptos serán definidos de nuevo. Por el momento necesitamos algunos instrumentos intelectuales o una clasificación sencilla. Cuando digo modernidad, me refiero a un sistema de actores, un sistema de relaciones entre actores; en términos concretos, eso significa que una sociedad es moderna en la medida que puede ser definida por grandes actores -si alguien quiere decir clases, está bien- relacionados dentro de un espacio político.

Un actor dirigente, un actor popular, un espacio político, son modernos si son definidos en términos de relaciones; no son modernos si son definidos en términos de esencias. Concretamente, si yo digo un grupo dirigente, una clase dirigente, industrializadora, empresarios, eso es una definición en términos de relaciones: son los que movilizan recursos para la transformación económica; cada definición latinoamericana u otra de la oligarquía indica no solamente una definición instrumental, a la Bourricaud para el caso peruano, algo especuladora, sino también la definición de una esencia, la vida noble, la gente decente, la cultura, etcétera: lo que es una visión esencialista. De la misma manera, cuando se trata de grupos populares y yo digo trabajadores, con cualquier tipo de connotación, es una definición en términos de relaciones sociales; si digo, en cambio, la peruanidad, o el pueblo chileno, o los pobres, etcétera, son definiciones esencialistas. A nivel del espacio político, si digo instituciones políticas democráticas o no democráticas, es una definición en términos de relaciones; si digo el Estado, el defensor del interés nacional, el príncipe, el soberano, es una definición esencialista. El problema, entonces, es pasar de definiciones esencialistas de grupos dirigentes, de grupos populares y del espacio político, a definiciones en términos de relaciones.



Foto: José Auth

Tipos y subtipos

Una hipótesis tradicional y sencilla es que se puede pasar a la modernidad a partir de la transformación prioritaria o de los grupos dirigentes, o de los grupos populares, o del espacio político. Y eso define lo que llamo un modo de desarrollo. El Oeste es la parte del mundo donde hay un tipo de sociedad en la cual se dio prioridad a la transformación del grupo dirigente. Inglaterra es realmente el país por excelencia donde se transformó una oligarquía en un grupo dirigente definido por su papel dentro de un sistema económico; esto a partir del siglo XVI y más que nada en 1688-89, con la segunda revolución inglesa. Diría que lo que se llama el Este es, en cambio, la parte del mundo en el que hay un tipo de sociedad donde el papel principal fue de la transformación del Estado; la destrucción del Estado patrimonial ruso, turco, chino; lo que muchas veces se llamó revolución. Diría que la definición del Sur es: la parte del mundo donde el proceso central y prioritario es la transformación y movilización de los grupos populares.

Para terminar con este preámbulo, naturalmente cada uno de estos tres tipos se divide en dos subtipos según el factor que viene en segundo lugar. El primer tipo occidental es aquel que agrega a la transformación del grupo dirigente una movilización social democratizante; lo que yo llamo social democracia. El segundo subtipo occidental es el que agrega la transformación del Estado, que es el tipo jacobino, a la francesa o a la austríaca. De la misma manera, dentro de los tipos orientales existe uno que agrega, a la transformación del Estado, la transformación del grupo dirigente; es el tipo bismarkiano. El segundo subtipo agrega a la prioridad del Estado, el papel de la movilización social: se trata del tipo comunista. Y también dentro del Sur existen dos subtipos: movimiento popular más transformación del Estado, lo que es el tipo nasserista, titoista y hasta cierto punto mexicano-brasileño; y el otro subtipo, que da la prioridad a la movilización en el sentido de Germani y la transformación de la clase dirigente; este es el caso argentino, peruano, colombiano, etcétera.

Eduardo González Ramírez,

In memoriam

Desde sus años de estudiante -allá en Monterrey, México- Eduardo González personificó la amalgama de líder político de muy vasta significación y alumno estudioso y brillante como pocos. González fue militante del Partido Comunista Mexicano y contribuyó a las sucesivas transformaciones que llevaron a éste a integrarse en el actual Partido de la Revolución Democrática (PRD), en que se han fundido los cuadros de la izquierda más tradicional y el grueso del movimiento cardenista contemporáneo. Su afán constante fue construir una democracia real al servicio de los intereses populares. Economista de nota, en la línea de Marx y Kalecki, sabía muy bien que sin una base teórica sólida la política de las izquierdas se enreda fatalmente en

los límites del sistema que pretende trascender.

Eduardo González estudió en la antigua ESCOLATINA en Santiago de Chile, durante el período 1971-1973. Compartió así la experiencia de la Unidad Popular allendista y sus lazos con Chile ya no se rompieron. Fue un gran amigo del exilio chileno en México y en los peores momentos de la dictadura pinochevista no vaciló en venir a nuestro país portando el saludo solidario del pueblo mexicano. A los 42 años, quien fuera también miembro del Consejo Consultivo de esta publicación iniciada en su tierra, ha muerto en México, el 5 de diciembre de 1989. Descansa en paz, amigo noble y compañero ejemplar. *J.V.F.* (X)

Difícil combinación blanda

La característica general de América Latina ha sido la debilidad e inestabilidad de su modo de desarrollo, ya que en muchos aspectos ha mantenido el carácter esencialista de los tres elementos básicos: una oligarquía más que una clase dirigente; un nacionalismo popular vinculado al tema de la integración nacional más que grupos populares como tales; y un Estado en gran parte esencialista, especialmente cuando es un Estado autoritario, pero no solamente cuando es autoritario.

Sin embargo, existió durante medio siglo una solución latinoamericana. Con muchas diferencias nacionales, es cierto, pero común a gran cantidad de países; se trataba de un sistema mixto: el sistema nacional-popular, que realizó cierta integración de los actores sociales y del espacio político alrededor de un Estado que ya no era Estado puro, sino un Estado-actor social. Con un alto nivel de integración y de participación, a veces muy avanzado y precoz, dando al proceso de modernización latinoamericana un aspecto blando, sin las crisis de ruptu-

ra con el mundo antiguo acaecidas en Europa Occidental y Oriental.

El problema actual del continente es que, frente a la crisis de este modelo, que dependía en gran parte de recursos exteriores, y frente a la desaparición de recursos externos y a la aparición de flujos negativos de capitales, es difícil para los países latinoamericanos mantener esta combinación blanda de un proceso de formación de una sociedad moderna con la mantención de una definición de los actores dominantes y dominados y del espacio político en términos antiguos, esencialistas.

Dualismo extremo o caos

Qué puede pasar, entonces, y ahí viene lo que es la idea dominante hoy, idea dominante que no me parece cierta, pero es dominante y corresponde en gran parte a la realidad, cual es que la crisis del modelo antiguo, del modelo nacional popular, en el momento actual, tiene solamente dos salidas. La primera y más visible es el caos. La segunda es pagar el precio del modelo occidental; la única solución frente a

la crisis del modelo de modernización anterior es abandonar cualquier modelo de movilización y modernización y aceptar la lógica de la modernidad: esto aunque ningún país esté en condiciones favorables para participar en un nivel alto en el mundo de la modernidad. Lo que significa, es lo que estamos observando prácticamente, que cuando la ruptura del sistema nacional popular es una ruptura violenta y total, la única solución que aparece es la participación de sectores de cada país en el sistema mundial, sinónimo de modernidad, dejando de lado al resto de la población.

Se puede decir, incluso, que existen procesos muy eficientes para realizar esta solución, como la hiperinflación; cuando un país intenta volver al populismo, frente a un Estado con los bolsillos vacíos, resulta una desorganización total, un exceso de demandas, de presiones, y una hiperinflación que destruye cualquier capacidad de formación de actores sociales y abre la posibilidad relativamente fácil de aplicar una política liberal que puede salvar parte de la población de la crisis. La desorganización es tan grande que el resto de la población no tiene ninguna capacidad de defensa y eso es lo más visible. En Bolivia, por ejemplo, con la hiperinflación no hay más COB, no hay ninguna resistencia popular; hay un enorme movimiento justicialista en Argentina, viene la hiperinflación y no pasa nada, no hay ninguna capacidad de resistencia. Eso puede suceder en el Perú mañana; además Sendero Luminoso está suficientemente presente para evitar la formación de cualquier corriente política legal de acción popular. Y agregando, como hace Manuel Castels, el papel que juega la droga, pero también la violencia urbana, estamos en un proceso de autodestrucción de los grupos dominados y entrando fácilmente a una situación de dualismo extremo, de exclusión social extrema, con la idea de que por fin este continente va a entrar en una industrialización dura, ya no más blanda, va a vivir su siglo XIX europeo, exagerando un poco, pero no tanto. El futuro próximo de América Latina, según esta visión, es el empobrecimiento masivo y con formación de núcleos de actores duros, empresarios nacionales o extranjeros,

en general extranjeros, sindicatos de estos grupos privilegiados, y un Estado básicamente dedicado a eliminar la presión de los excluidos, que hablarían un lenguaje populista autodestructivo.

La otra solución es el caos, la desaparición de los actores sociales y del espacio político: cada uno se defiende y la economía de la sociedad nacional desaparece; ahí la droga es tal vez un elemento importante de desagregación de lo que fue una sociedad, también lo es el contrabando. Hay que pensar de nuevo en Bolivia 85-86, o lo que es Perú en gran parte hoy, así como algunas partes de Colombia, etcétera, sin mencionar países del isuno.

Instrumento de vinculación

El problema real es si existen o no en el momento actual posibilidades de evitar el dualismo total y de evitar el caos, es decir, si existen posibilidades de transformación, sea de los grupos dirigentes, sea de los grupos populares, sea del espacio político. La pregunta central es cómo y hasta qué punto se pueden formar actores sociales y sistema político en situaciones de descomposición de los actores sociales y del sistema político.

Primer punto, el Estado. América Latina tradicionalmente ha tenido Estados débiles, con la excepción casi total de Brasil y la parcial de México; pero en el momento actual esta superioridad de Brasil está amenazada, muchos economistas y sociólogos describen la descomposición del Estado brasileño.

El caso tal vez más extremo, fuera de las situaciones de caos, es la situación de Venezuela, país del que poco se habla, con una corrupción casi total del Estado como nunca antes había existido. Creo, y esto es más bien una pregunta, que el caso más interesante aquí es el de México, que me parece ser el esfuerzo de mayor importancia de recomposición o formación del Estado; diría que toda la historia mexicana después del 68 y más específicamente a partir del 76, desde el comienzo de la reforma política, está constituida básicamente por los altibajos de un esfuerzo conciente de modernización. No se trata de preferencias: yo puedo decir que la formación

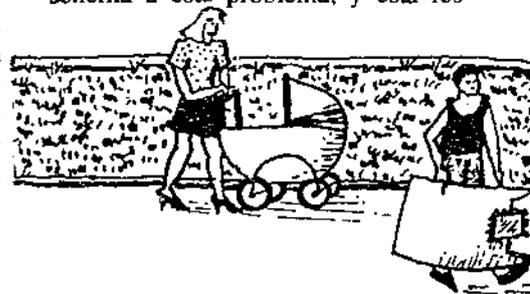
del gran capitalismo inglés o norteamericano era el elemento centralmente positivo del desarrollo inglés o americano, lo que no significa que voy a votar por mister Rockefeller o el Partido Liberal inglés en la década del 70 u 80 del siglo pasado.

Se trata, tal vez, de la aparición del concepto de Estado básicamente definido ya no como super actor social nacional-populista, sino como instrumento de vinculación entre la economía internacional y la sociedad nacional, que es exactamente el problema de los países europeos y de muchas partes del mundo. Pero la formación de un Estado que tenga esta capacidad de hacer compatible las exigencias de la participación en la economía mundial y la coherencia de la sociedad nacional es fundamental y significa una serie de cosas sumamente concretas: nivel de la información económica, profesionalismo de la administración pública, que representa todavía, creo yo, una dificultad insuperable en Argentina, mientras que en Brasil existían estas bases, existen en Chile, empiezan a existir en México, no existen en el Perú, etcétera. Todo eso es un aspecto casi técnico.

Distancias sociales cualitativas

El segundo aspecto, más interesante, porque es menos técnico, es la formación de actores sociales; cómo en el momento actual pueden formarse actores que no sean esencias. Y ahí, con prudencia, acepto críticas del tipo de las de Cardoso al esencialismo de los movimientos urbanos de tipo comunitario. Es un retroceso si hay una oligarquía, o movimientos neo-comunitarios, es decir, religión más privilegios; eso es la destrucción total de actores sociales.

La cuestión central es cómo pasar de la cadena religión + privilegios + sentimientos + moralidad a actores sociales. Respecto de esto tengo una obsesión que quisiera que sea discutida aquí: creo que existe una respuesta sencilla a este problema, y esta res-



puesta es disminuir las desigualdades sociales. Es la respuesta escandinava y no hay otra; esa es mi visión más concreta de la situación actual.

América Latina está en gran parte viviendo en un *ancien régime*, en el sentido que las distancias sociales ya son cualitativas; es decir, que la gente pertenece a mundos diferentes, que no pueden ser definidos en términos de relaciones sociales porque no pertenecen a un sistema, pertenecen a mundos diferentes, a sistemas, culturas y sociedades distintas.

Es el tema que se ha desarrollado tanto en el caso de Brasil, de Chile y también en otros, o los trabajos clásicos de Matos Mar sobre Lima, etcétera. Todos conocemos eso de memoria, y sabemos que no se puede crear un sistema político con un nivel tan exagerado de desigualdad.

Eso no significa que no haya procesos de formación de actores fuera de la disminución de las desigualdades; estoy pensando en el caso chileno, que es un caso bien interesante y positivo. Chile es un país que nunca tuvo mundo empresarial, o casi nada; es un mundo de especuladores y de comerciantes, de Vial y Cruzat, de este tipo de gente, de falsos empresarios, de falsos banqueros, el mundo de Valparaíso concretamente, y este país por una serie de procesos muy diversificados, que tienen a veces que ver con la CORFO, a veces con lo que pasó en la pesca, con el resultado de la reforma agraria, la eliminación de los fundos y la creación de empresarios rurales, toda una serie de procesos sin unidad fundamental, hicieron que después del fracaso de los *Chicago boys* poco a poco se creara un mundo empresarial y de cierta manera un actor dirigente que ya no es una oligarquía. En el caso chileno, como en el de la mayoría de los países de América Latina, con la excepción casi única de Brasil, tal vez con cierta excepción en el Perú, el actor más débil es el actor sindical, y es una preocupación grande la enorme insuficiencia y el enorme fracaso de los sindicatos. El caso boli-

viano es el caso extremo, pero la decadencia de los sindicatos chilenos, incluso los argentinos en cuanto sindicatos, lo que está vinculado a la desindustrialización del período monetarista, tiene consecuencias muy graves.

Casi más continuidad

Pero volvamos al punto central, que es la formación autónoma de actores. Lo más estratégico, creo yo, es una disminución fuerte, casi brutal de las distancias, no solamente de las desigualdades, sino más bien de las distancias socioculturales tanto como económicas entre grupos sociales. En ese sentido, diría que una corcanización de América Latina es indispensable; es decir, una disminución fuertísima de las desigualdades.

Así como separé rápidamente y en pocas palabras tres grandes modos de desarrollo, que dan la prioridad a la transformación de los grupos dirigentes, a la movilización de los grupos populares o a la transformación del Estado, es posible distinguir categorías de países de América Latina según la prioridad que se dé a la transformación del Estado, a la movilización popular o a la transformación del grupo dirigente.

Diría que donde hubo una vuelta trágica al populismo con hiperinflación y desorganización total de los actores, no hay otra solución que una solución liberal, y que la única esperanza es la formación, por fin, de un mundo empresarial activo; eso es lo que parece dominar Bolivia, mañana Perú, Argentina hoy. Donde el problema mayor es el de la descomposición del Estado, de su corrupción, la prioridad es la reconstrucción del mismo, lo que es el problema de México, Venezuela, Panamá y seguramente, como se ve hoy, de Colombia. Finalmente, donde el problema del aumento fuerte y continuo de las desigualdades, yo diría que la prioridad la tiene una orientación socialdemócrata, en el sentido de prioridad a la disminución de las distancias sociales y a la eliminación del contenido oligárquico de los grupos dirigentes. Este fue de cierta manera el cambio exitoso de Costa Rica, que era el país más oligárquico de América Central, el país de las cuatro familias; es la situación de Bra-

sil, en gran parte la de Ecuador, especialmente después de la breve dominación de los grandes grupos de Guayaquil con Febres, y es también en gran parte el problema de Chile.

Chile, que está viviendo una transición que casi es más continuidad que transición, donde existe el riesgo de dar la prioridad al fortalecimiento del espíritu empresarial aceptando la mantención y tal vez el aumento de las distancias sociales. Si Chile da la prioridad a un tipo de pacto de no agresión entre la democracia cristiana y la derecha decente, creo que tendrá rápidamente problemas mayores; al contrario, si después de un período breve de transición, de reinstitucionalización democrática, entra a una política socialdemócrata de redistribución fuerte del ingreso nacional, tiene la posibilidad de entrar a una situación bastante moderada, en el sentido de tener actores y sistemas políticos a la vez.

Visión relativamente optimista

Volviendo muy rápidamente a temas más generales: la democratización no es un cambio de instituciones o el respeto a elecciones libres o la formación de instituciones representativas. Creo que democracia significa básicamente la formación de un sistema político expresando relaciones, conflictos y negociaciones entre los actores sociales. Entonces, sería peligroso en el momento actual aislar los problemas institucionales de la democratización o redemocratización dejando para más tarde los problemas sociales básicos, que son los problemas de formación de actores de una sociedad moderna y la organización de un sistema político que exprese estas relaciones.

En suma, y a nivel un poco superficial; diría que tengo ganas de mantener lo que siempre fue mi punto de vista general: una visión relativamente optimista del continente. La gran mayoría de los análisis son absolutamente negros, en el sentido que dualizan: política liberal o caos. Lo que intenté decir es que, a pesar de la posibilidad de caos y de dualización extrema, existe en la mayoría de los países posibilidades también de construcción, aunque sea limitada, de un sistema de actores. (X)



Lecturas

Este libro, compilación de trabajos elaborados desde 1981, transcribe la trayectoria de uno de los intelectuales jóvenes - hoy de 41 años- más notables de la España posfranquista. El autor encarna y expresa con singular brillantez las claves propias de su generación. Esta vivió las postrimerías del régimen franquista y la lucha enconada del Partido Comunista español (PCE) por derrotarlo, situación en que gradualmente su visión política se muestra radicalmente obsoleta. El carácter catastrófico del enfoque comunista, consistente en la imagen de una debacle inminente del franquismo, se estrelló una y otra vez con una realidad más compleja, que únicamente permitió una suave transición hacia la democracia una vez muerto el dictador-caudillo del país. En este cuadro, un pequeño núcleo de disidentes del PCE, asilados en Francia, entre los cuales destaca la maciza figura de Fernando Claudín, logra influir decisivamente a parte del relevo generacional, del cual Paramio forma parte. Los textos críticos de la ortodoxia comunista de Jorge Semprún- hoy ministro de Cultura del gobierno español- y los trabajos monumentales de Claudín, en particular el volúmen ya de fama mundial *La crisis del movimiento comunista* que aparece originalmente en 1970, entre otros (*Marx y la revolución de 1848; Eurocomunismo y socialismo; La oposición en el "socialismo real"*), abren cauce a el acunamiento de una nueva promoción intelectual, que esgrime una concepción marxista derechamente crítica y, como diría Paramio, más bien posmarxista, que se enfrenta a la realidad sin esquemas preconcebidos.

Es así como el propio Paramio en este libro se ubica en el derrumbe de lo que denomina el marxismo latino: la esterilidad teórica y práctica del marxista francés Louis Althusser, que establece una lectura ritualizada y hermética de los escritos de Marx; sobre todo, la crisis del eurocomunismo como proyecto político tangible, que sólo reedita la vieja noción teleológica del socialismo como meta ideal, mientras busca erráticamente mejoras económicas, desajustadas con una visión de medio y largo plazo.

Nuestro autor participa activamente en diversas publicaciones que con variadas fortunas buscan nuevos senderos para la elaboración intelectual crítica. Se puede mencionar a *Zona Abierta* y *En Teoría*. En ellas se abre una tribuna a una de las más interesantes reformulaciones de un pensamiento radical de gran nivel, que esta vez proviene del mundo anglosajón, sobretodo de Inglaterra, con la amplia gama de trabajos de sociología política e historia que

elaboran Perry Anderson, E.P. Thompson, Eric Hobsbawm, Raymond Williams, etcétera.

A partir de estos antecedentes, Paramio examina tantos aspectos teóricos como situaciones socio-políticas concretas de la Europa contemporánea.

Entre otras, las siguientes parecen ser las certidumbres básicas que recorren el libro. El reconocimiento del derrumbe irreversible de la noción marxista clásica y la necesidad de reconstruir un paradigma para la ciencia social que tenga como *punto de partida* los escritos originales de Marx. La noción de un socialismo previsible *razonablemente factible* que abandone la visión prometeica de una "sociedad reconciliada", carente de conflictos, que estaba presente en el antiguo imaginario. El socialismo deviene ahora una apuesta eminentemente racional y secular, que analiza muy objetivamente las realidades concretas de cada país en función de buscar crecientes cuotas de poder para los trabajadores, "como democracia política y económica llevada hasta el fin". En tal sentido, el esquema revolucionario (la toma del poder en un solo acto) pierde toda validez y se asume el cambio social como un proceso político complejo, de *reformas* que gradualmente incrementen el poder de la sociedad sobre las elites. Esta meta, por cierto, no está garantizada de antemano y es más bien una construcción histórica, en donde se pueden verificar los resultados más disímiles (la barbarie, una sociedad desgarrada por el corporativismo, el poder unidimensional e incontrarrestado de la tecnocracia, etcétera).

Los planteamientos anteriormente aludidos son ampliamente compartidos -con los más variados matices- por crecientes segmentos del mundo académico e intelectual progresista de nuestras latitudes. La instalación prolongada de sociedades autoritarias y el desencuentro, en otros países, de los más relevantes actores sociales y políticos, ha llevado a un "ajuste de cuentas" de gran envergadura de parte de las elites intelectuales y políticas que arriva a conclusiones análogas a las de Paramio. Si hubiera que establecer un juicio dubitativo, entre otros, señalaría el excesivo énfasis -muy reactivo quizás a la cosmogonía marxista precedente- en la dimensión racional instrumental de la política, dejando absolutamente en la sombra las dimensiones simbólicas y expresivas que son parte inextricable de la representación socio-política y, por cierto, problema para una sociología política contemporánea que enfrenta un enorme desapego de la gente de las más elementales normas de integración, solidaridad y pertenencia a las rutinas de una sociedad de masas. *Paulo Hidalgo*. ☒

